

1

MI NIÑEZ EN KENIA

En el primer recuerdo que tengo estoy en una silla alta escupiendo espinacas, lo que no deja de ser curioso para alguien que se ha convertido en una *gourmet* apasionada. A los dieciocho o diecinueve años me propuse mejorar la experiencia, incluso disfrutarla, y hoy las espinacas son una de mis verduras favoritas (aunque tienen que estar bien preparadas: cocidas al vapor, trituradas y mezcladas con nata para montar, pimienta blanca y nuez moscada están riquísimas; crudas en una ensalada están aún mejor). Pero a los dos años me faltó tiempo para sacarme de la boca esa repugnante masa verde oscuro.

Estaba en Escocia, en una casa de West Lothian que mis abuelos habían comprado cuando yo tenía un año, en 1945. En aquella época vivíamos con ellos. Mi madre recuerda nuestro traslado de Somerset en un tren (un vagón corriente, como dice ella), con todas nuestras pertenencias, y la vergüenza de tener que darme el pecho durante el trayecto delante de un grupo de soldados. Yo era la primogénita de seis hermanos, y ella era una madre joven y nerviosa. Poco

después de que llegáramos a Escocia, nació mi hermano Colin. Con casi dos años menos que yo, recuerdo que lo examiné detenidamente y me fijé en que había una pequeña diferencia entre nosotros. Él era un bebé enorme y en cuanto aprendió a caminar me seguía a todas partes.

En otro de mis primeros recuerdos estoy con un palo en la mano, diciendo a Colin que coja una avispa que hay atrapada entre dos losas y disfrutando con los gritos que siguen. Me dicen que también le di de beber de una de esas latas de gasolina que se utilizan para rellenar encendedores. Parecía un biberón en miniatura, de modo que se lo metí en la boca y el pobrecillo acabó con los labios llenos de quemaduras. No recuerdo ese episodio, pero sí que traté de matarlo enterrándolo en el cajón de arena del jardín. Por suerte, mi madre se dio cuenta a tiempo y lo rescató.

Mis padres vivían en Howleigh House, cerca de Taunton, Somerset, cuando yo nací. Mi madre y su hermano gemelo, John, habían pasado la mayor parte de su niñez en esa casa. Habían nacido en la India, pero a los ocho años los mandaron a un internado de Inglaterra y durante las vacaciones se quedaban con una tía en Howleigh House. Su padre, el teniente coronel Alexander E. Drysdale, Cruz por Servicios Distinguidos, estaba en el Ejército indio, y Vivian, su mujer, una figura bastante exótica con cierta debilidad por la ginebra con angostura, iba a Inglaterra un par de veces al año para ver a los gemelos. Era muy triste, pero Vivian también había nacido en la India y la habían alejado de su hogar para ser educada en Inglaterra, de modo que se repetía la historia.

Bisabuelo suena genial. El mío se llamaba Alexander Stuart-Martin y nació en 1870 cerca de Lucknow, en la India. Su padre había luchado en el motín indio

y el Gobierno británico lo había recompensado por su valor con unas plantaciones de añil y azúcar que reportaron una gran riqueza a la familia. Como la mayoría de los nacidos en las colonias, Alexander también se educó en Inglaterra, luego se hizo ingeniero y construyó muchos de los puentes y ferrocarriles de la India. En un viaje a Inglaterra conoció y se casó con la hermosa Elizabeth Sabin, quien, algo insólito en aquellos tiempos, estaba divorciada después de lograr escapar de un marido atterradoramente brutal. Volvieron juntos a la India donde ella tuvo dos hijas, Vivian, mi abuela, y Frances, pero hubo complicaciones en el segundo parto y Elizabeth murió poco después de haber dado a luz. Alexander siguió viviendo con bastante lujo. Conducía un magnífico Bentley que se había hecho llevar por barco desde Inglaterra. Durante años el coche se portó de maravilla con el calor y el polvo, pero acabó pasando a mejor vida. Sin dejarse desanimar, mi bisabuelo lo ató a un par de bueyes y siguió circulando con la elegancia a la que estaba acostumbrado.

Las dos hijas, Vivian y Frances, fueron a un colegio de Inglaterra, donde cuidaban de ellas unos parientes, y volvían una vez al año a la India para ver a su padre. En aquellos tiempos sólo se podía viajar en barco y la travesía duraba dos semanas. En uno de esos viajes la joven Vivian conoció a Alexander Drysdale, mi abuelo, que iba a reunirse con su regimiento. Muchos años después volvieron a encontrarse tras un partido de tenis en Lucknow, se enamoraron y se casaron, y Vivian dio a luz a dos gemelos: Diana Frances, mi madre, y John, mi tío, quien nunca se casó y pasó la mayor parte de su vida en el extranjero.

Los gemelos estaban bien atendidos en Howleigh, donde no había apreturas económicas. Una cocinera,

una doncella y una criada se ocupaban de los asuntos domésticos, pero la tía era escocesa de pura cepa y llevaba una vida austera. No recibía ni invitaba casi nunca a nadie, de modo que Diana y John rara vez veían a otros niños durante sus estancias. No me puedo ni imaginar lo desamparados que debían de sentirse con sus padres a miles de kilómetros de distancia, ni cómo una madre podía soportar ver a sus hijos sólo dos o tres veces al año, pero supongo que en aquellos tiempos ella no debía de tener elección. Y, después de haber sufrido el mismo destino de niña, probablemente creía que no había nada extraño en ello.

Nací con un peso de tres kilos doscientos gramos el día de San Patricio, el 17 de marzo de 1944, de ahí mi nombre. Mi madre había estado convencida de que yo era un niño y durante nueve meses se había dirigido a mí como Michael; como no había pensado en nombres de niña, me llamó Patricia Anne. No sé si fue el shock de descubrir que no era Michael, o lo exageradamente largo que fue el parto, pero después sufrió una especie de crisis nerviosa (hoy se llamaría depresión posparto, supongo) durante la cual me cuidaron una tía ya entrada en años, May, que había cuidado de mamá, y mi abuela, que había vuelto de la India. Mi abuelo se había retirado del Ejército y se habían ido de la India para siempre con la idea de afincarse en Gran Bretaña. De entrada se instalaron en Somerset con tía May, pero cuando ésta vendió Howleigh House compraron una casa en Escocia y toda la familia se fue a vivir allí.

Brigg House era preciosa, con grandes jardines y un huerto cercado por una tapia, pero los inviernos fríos y húmedos de West Lothian resultaron ser perjudiciales para la salud de mi abuelo, de modo que en 1947 la vendió y se fue a vivir a Kenia con mi abuela, dejándonos a mis padres, a Colin y a mí solos para

que nos las arregláramos. Nos trasladamos al Sur y alquilamos una casa cerca de Guildford, Surrey, donde nació mi hermana Jenny en noviembre de 1947, cuando yo tenía tres años y medio. No la bautizaron Jenny; mi madre le puso Helen Mary para complacer a un par de tías, pero yo tenía una osita muy querida llamada *Jenny* e insistí en llamar a mi nueva hermana con el mismo nombre.

Mis padres se casaron siendo jóvenes e inexpertos y, como cientos de otras parejas casadas durante la guerra, apenas sabían nada el uno del otro cuando llegaron al altar. Mi madre tenía diecisiete años cuando conoció a Jock Boyd en un baile de Somerset. Él tenía veintitrés y estaba despampanante con el uniforme de la RAF, con sus relucientes botones de latón y las alas doradas en el hombro izquierdo. También bailaba impresionantemente bien. Era alto y apuesto, con el pelo rubio y rizado y los ojos azul lavanda; ella era menuda y guapa, con el pelo castaño y abundante. Bailaron toda la noche y después de dos breves encuentros más, Jock le escribió y le propuso matrimonio. Su madre, mi abuela, que era una mujer dada a controlar, la animó a aceptar. Creo que quería dejar de ocuparse de ella, y Jock, señaló, era de buena familia. Además, tenía una buena posición económica, o eso le había asegurado la madre de él. En general era un buen partido. Pero en cuanto se casaron resultó que no tenía dinero, y mi madre, acostumbrada a un estilo de vida lujoso, tuvo dificultades en adaptarse.

El verdadero nombre de Jock era Colin Ian Langdon Boyd. Sus padres tenían una granja en el valle Fowey de Cornualles. Su madre era una mujer extraña. Cuando la conocí, se había separado del padre de Jock y vivía con muchos perros dachshund. Según mi madre, nunca le habían gustado los niños, de modo

que tanto Jock como su hermano y su hermana pequeños fueron criados por tías que vivían en Bideford. El pobre Jock tuvo una niñez triste, pero pasó mucho tiempo cazando y practicando el tiro, y los caballos eran su gran pasión. Fue al Kelly College, un pequeño colegio privado de Tavistock, luego ingresó en la academia militar de Sandhurst y fue destinado al regimiento de Cheshire. Pero nunca combatió. Un accidente de coche le impidió ir al frente con su regimiento y fue relegado a la RAF, pilotando primero Lysanders y más tarde, cuando se unió al Mando de Bombardeo, Wellingtons. Cuando conoció a mi madre, su escuadrón estaba estacionado en Weston Zoyland, Somerset, y él solía ir de copas con sus amigos al Castillo de Taunton por las noches.

Poco después de que se prometieran, apenas unas semanas después de ese primer encuentro de principios de 1942, Jock fue enviado a Malta, donde sufrió un terrible accidente. Un tramo de la pista en la que despegaban y aterrizaban los bombarderos en direcciones opuestas estaba controlado por semáforos. Él se disponía a despegar en un avión cargado de bombas y combustible con el semáforo a su favor, pero hubo un error, el semáforo del otro lado de la autopista también se puso en verde y los dos aviones chocaron frontalmente y estallaron en llamas. Mi padre saltó antes de que el avión se estrellara, pero sufrió graves quemaduras en la cara y en la mano derecha. Tuvo suerte de salir con vida. Varios miembros de la tripulación de su avión y del otro murieron, entre ellos dos que lograron salir pero se desorientaron con el humo y fueron decapitados por la hélice.

Lo llevaron de vuelta en avión y lo condujeron directamente a East Grinstead, Sussex, a la unidad de quemados del Queen Victoria Hospital que dirigía el

famoso y pionero cirujano plástico Archibald McIndoe, donde se convirtió en uno de los conejillos de indias de McIndoe, así llamados por el trabajo de reconstrucción experimental que McIndoe estaba haciendo con las víctimas de quemaduras. Antes de él, los quemados graves como mi padre no habrían sobrevivido. Mi madre fue a verlo al hospital temiendo no reconocerlo; la sala estaba llena de hombres con gruesos vendajes a los que les faltaban la nariz o las orejas. Jock tenía la cabeza vendada, pero ella vio dos ojos muy azules y supo que era él. Colin y yo tenemos los ojos del mismo color, y fueron los ojos Boyd, años más tarde, los que me convencieron de que tenía ante mí a mi medio hermana que vivía en Estados Unidos.

En cuanto mi madre se sentó al lado de la cama de hospital, Jock dijo: «Tengo algo para ti.» Abrió un cajón y sacó una caja de cerillas llena de algodón, en la que había un anillo de compromiso con diamantes. Había sido de su madre, pero como era una mujer tan espantosa, a mi madre le horrorizó el anillo desde el principio.

No fue un buen presagio. Aparte del anillo, mamá no estaba segura con respecto al matrimonio. El accidente parecía haber cambiado a Jock. Fue a verlo varias veces al hospital y pasaban el rato sentados sin decirse una palabra. Ella era muy tímida y no sabía de qué hablar, y él se quedaba mirando al frente, como ausente.

Físicamente lo remendaron lo mejor que pudieron. Se quedó con la frente muy quemada y los tendones de la mano derecha irreparablemente dañados, hasta el punto de que no volvió a manejar un avión. Emocionalmente no creo que llegara a recuperarse nunca. Desde aquel día se encerró en sí mismo. Nun-

ca hablaba del accidente; de hecho, apenas hablaba de nada. Mi madre se había enamorado de un joven piloto valiente, enérgico y atractivo, que la había llevado en volandas por la pista de baile, y éste se había esfumado, la chispa se había apagado. Pero ella había dicho que se casaría con él, y después de la experiencia tan horrible por la que había pasado, no tuvo ánimos ni valor para echarse atrás.

Seis meses después del accidente, el 14 de septiembre de 1942, se casaron. Fue una gran boda para aquella época, con doscientos invitados y un banquete en Howleigh House, pero dice mi madre que mientras salía de la iglesia supo que había cometido un gran error. No se sentía cómoda con Jock; parecía haber una barrera entre ambos. Pasaron la luna de miel en Escocia y, como lo expresa mi madre, fueron tirando. Jock ahora dice que él se sentía igual, y que, de todos modos, eran demasiado jóvenes cuando se casaron.

Mi padre regresó repetidas veces a East Grinstead los meses siguientes para recibir tratamiento y acudió a otros centros de rehabilitación para intentar recuperar el movimiento de los dedos, pero fue en vano. Seguía teniendo la mano derecha como una garra, y las dos estaban desteñidas; de niños, sus heridas nos parecían fascinantes. Incapacitado para seguir pilotando, acabó en el Ministerio de Guerra, lo que, según él, bastaba para volver loco a cualquiera. De modo que cuando mis abuelos propusieron que mamá y él se reunieran con ellos en Kenia, aceptó inmediatamente.

Yo tenía cuatro años cuando nos fuimos a vivir a África, a la enorme y desperdigada casa que mi abuelo se había hecho construir en Langata, cerca de Karen, a una media hora de Nairobi. Recuerdo ese vue-

lo; no se acababa nunca. Entonces no había vuelos directos de Inglaterra a África porque los aviones necesitaban repostar a intervalos regulares. Volando con la compañía aérea BOAC desde Londres, hicimos parada en El Cairo, Jartum, Addis Abeba y finalmente Nairobi. Yo me mareé muchísimo durante el vuelo, vomitando en las gruesas bolsas marrones que colocaban rutinariamente en los compartimentos de los asientos de delante.

La casa de mis abuelos se erigía al final de una larga y serpenteante avenida de grava (en la que, años después, aprendería a montar en bicicleta), con espléndidas vistas en todas direcciones al coto de caza que la rodeaba. Era un edificio de una planta con un porche que se extendía a casi todo alrededor. Mis abuelos se habían llevado cuadros, porcelana y cubertería de la casa de Escocia, pero habían encargado en Nairobi los muebles de *mooli*, una madera hermosísima de color miel de la región. El jardín era enorme, con césped, rosales clásicos, melocotoneros y capuchinas que se fundían con la vegetación. Era bastante común que entrara una jirafa, un león u otro animal salvaje, pero no siempre era fácil verlos debido a los matorrales. Los perros ladraban sin parar hasta que los intrusos se marchaban.

Una noche mi abuelo dormía en una pequeña habitación que daba al porche. Era una noche calurosa y sin viento, y las puertas estaban entreabiertas, y entró un leopardo con sigilo y se abalanzó sobre mi abuelo dormido. Él se despertó inmediatamente, pero mientras cogía la pistola que guardaba debajo de la almohada, el gran felino saltó al suelo. Había olido a perro y atacó al pastor alemán que dormía debajo de la cama. El abuelo disparó sin parar mientras el perro era sacado al porche a rastras. A la mañana

siguiente no había rastro de ninguno de los dos animales. Mi abuelo sintió mucho perder a su pastor alemán preferido, pero podría haber sido fácilmente él.

Mi abuelo era todo un *pukka*, un personaje conservador, el típico coronel del Ejército retirado de la India que parecía pasar todo el tiempo jugando al golf. Él y mi padre, que desde que había llegado a Kenia no había hecho más que sentarse a mirar, no se sostenían la mirada. Como militar, mi abuelo no podía comprender la condición de Jock y se impacientaba con su inactividad. Mi abuela sentía más o menos lo mismo, y estaba furiosa por haberse dejado engañar creyendo que tenía dinero.

Aunque mi abuela poseía un carácter fuerte, a mí me parecía cariñosa y agradable. Recuerdo que hacíamos dulces juntas (ella los teñía de verde) y yo me tenía que subir a una silla de madera para llegar al horno. Ella llevaba medias de colores antes de que nadie lo hiciera. No era muy alta y probablemente pesaba más de la cuenta, pero amaba la vida, le encantaba la ropa glamurosa y se reía mucho. Probablemente me parezco mucho más a ella que mi madre. Mis abuelos pasaron mucho tiempo en cruceros Cunard por Sudáfrica, África Oriental y la India, y tenían maravillosos baúles con cajones y espacio dentro para colgar su ropa.

Yo tenía una habitación para mí sola en casa de la abuela y recuerdo que entraba a darme un beso de buenas noches y toda ella desprendía un olor dulce a enebro de la ginebra con angostura que siempre tomaba. Una vez me llevó de vacaciones a la costa de Mombasa, donde había alquilado una casa para una semana. Había enormes playas de arena blanca y yo no podía creer lo agradable que era bañarse en el mar. Fingí que ya había aprendido a nadar, sabiendo

que ella no me dejaría meterme en el agua en caso contrario. Recuerdo que me regaló un osito que en adelante fue a todas partes conmigo (todavía lo tengo), y que me puse como una loca una vez que ella lo escondió porque me había portado mal. Ella me parecía mucho más accesible que mi madre; tenía más tiempo que dedicarme y ejercía sobre mí una influencia mucho más grande.

Casi no tengo recuerdos de mi madre durante la niñez, aparte del olor de su perfume Dior y de la voz tan bonita con la que nos cantaba. En retrospectiva, creo que la vida debió de ser difícil para ella, trasladada de pronto a África con tres hijos pequeños, un hombre al que no amaba y con quien no se comunicaba, sin amigos y con poco dinero. Debió de ser profundamente infeliz, pero yo era demasiado pequeña entonces para darme cuenta.

Mis abuelos eran ricos, de modo que había varios criados y niñeras para cuidarnos. Y aunque veía mucho a mi abuela, fueron las niñeras las que nos criaron. De noche nos bañaban y nos acostaban mientras los adultos salían a sus bares preferidos, como el Karen Club de la esquina (así llamado por Karen Blixen, famosa por *White Mischief*; llegamos a Kenia poco después de esa época) o el Muthaiga Club de Nairobi. Por aquel entonces empecé a soñar que volaba, y cuando los adultos habían salido de casa, pedía a Colin y a Jenny que se subieran a una mesa e intentaba enseñarles a volar.

Los criados eran de la tribu de los kikuyu, la más común en Kenia, y ellos y sus familias vivían en *ron-davels*, las tradicionales cabañas circulares hechas de barro con tejado de paja, en una pequeña comunidad al comienzo del camino de entrada. Adoraban a mis abuelos y cuando, años más tarde, durante la revuelta

de los mau-mau que empezó en 1952, los amenazaron con matarlos si seguían trabajando para los blancos, acudieron a despedirse de mis abuelos y dijeron que lamentaban tener que irse. Fueron tiempos de terror en Kenia y muchos blancos dormían con una pistola debajo de la almohada por miedo a que sus criados intentaran asesinarlos durante la noche. Mataron a muchos granjeros.

Supongo que hoy día podría decirse que los mau-mau eran combatientes por la libertad, pero yo los veía como terroristas que trataban de provocar y enfurecer a los africanos que yo conocía y apreciaba. Querían derrocar el Gobierno británico y expulsar a los colonos blancos que les habían arrebatado las tierras. Sus tácticas dieron fruto: en los años cincuenta hubo un éxodo de europeos. Sin embargo, cuando mis abuelos volvieron a Inglaterra no fue por los mau-mau sino por la salud del abuelo.

Yo pasaba mucho tiempo con los kikuyu que trabajaban con mis abuelos; eran mis amigos. Preparaban unas comidas riquísimas, basadas principalmente en la cocina india: lentejas, verduras con especias o curries que cocinaban en fuegos al aire libre y que envolvían en *chapattis*. Mi padre tenía un par de caballos y recuerdo que un día monté a pelo por el bosque con uno de los chicos del establo que era kikuyu. Llegamos a un abrevadero en un bosquecillo y mientras los caballos bebían, de pronto me di cuenta de que no estábamos solos. Me volví y vi a un grupo de hombres con la cara pintada observándome. Era la primera vez que veía a hombres así, pero el chico habló con ellos y me dijo que no me asustara. No lo hice; estaba acostumbrada a que todo fuera extraño en África. Me quedé fascinada con ellos y con las joyas que llevaban, los pendientes, los brazaletes y los collares.

Me encantaba Kenia. Me encantaban los cielos enormes, los vastos paisajes, la increíble sensación de espacio y el cielo nocturno lleno de estrellas muy brillantes, tan cercanas que parecía que si alargabas la mano las tocarías. De noche, acostada en la cama, oía los ruidos: las cigarras, las voces de los hombres de las tribus, el rítmico sonido de los tambores a lo lejos, el grito de las hienas y los chacales, y el inconfundible rugido de los leones. Pero lo que sintetiza África para mí es el olor: el olor de los falsos pimenteros y de las hierbas silvestres mezclado con el calor y el polvo. Es una combinación inolvidable y cada vez que he vuelto a Kenia de mayor, que han sido varias, ese olor me transporta a mi infancia.

Era una vida bastante descontrolada pero maravillosa para una niña; había pocas reglas. No recuerdo juguetes ni regalos, aparte del oso que me dio mi abuela. Tampoco recuerdo los cumpleaños ni las Navidades, sólo que un año escribí una carta a Papá Noel y al día siguiente había desaparecido. Jugábamos al aire libre; montábamos en bicicleta o íbamos al bosque a explorar. Recuerdo que una noche di botes en la cama pidiendo ayuda a voz en cuello cuando una enorme serpiente se deslizó por debajo de la puerta. Los criados entraron corriendo, la agarraron y la mataron.

Para entonces mi cautivadora existencia se deshacía por los bordes. Después de casi un año, mis abuelos se habían cansado de ver a Jock sin hacer otra cosa que montar a caballo y le dijeron que tenía que buscarse un empleo para mantener a su mujer y sus hijos. Él y mi madre estuvieron separados durante seis meses, al final de los cuales él se puso a trabajar en el Club de Jockey de Nairobi y tuvimos una serie de casas mucho menos opulentas. Al final nos trasla-

damos a una a la que se llegaba por un camino de tierra, una serie de *rondavels* de techo de paja comunicadas entre sí por pasillos. Mi madre la odió, pero a mí me pareció maravillosa. Ella estaba acostumbrada a muchas comodidades y debió de ser un shock tener que adaptarse a tantas estrecheces, sobre todo con la llegada de un cuarto hijo. En marzo de 1951 nació mi hermana Paula en un hospital de Nakuru. Recuerdo que alguien, seguramente la abuela, nos llevó a Colin, a Jenny y a mí a verla, y mientras rodeábamos el edificio por fuera vimos, a través de la ventana, a mamá con ella.

Yo había empezado a ir al colegio, el primero de muchos. El colegio de monjas Loretta estaba en Nairobi y olía a pintura en polvo. Mi madre me acompañó el primer día y yo estaba emocionada... hasta que llegué. Era un edificio enorme, o eso me pareció, y nunca había visto a tanta gente junta. De pronto todos los niños corrían alrededor, lo que me asustó, y entonces mi madre me dijo que se iba. Me entró el pánico y me agarré a sus faldas, rogándole que no me dejara allí, pero, naturalmente, lo hizo. Una monja me llevó aparte y me inició en la pintura, con lo que disfruté. Y eso es todo lo que recuerdo del Loretta, que hacía montones de dibujos y que jugaba con otros niños.

Un año después, tenía yo ocho, me separaron de todo lo que conocía y me llevaron a un internado de Nakuru. Nunca me había sentido tan desgraciada. No sabía qué había hecho mal, por qué se me castigaba. No entendía por qué mi madre no quería que estuviera con ella en casa. Me sentía absoluta y profundamente desolada, nadie me quería, estaba de más, no contaba. Cuando miro atrás, creo que noté que algo andaba mal en casa, pero era demasiado pequeña

para saber qué era, y eso aumentó aún más mi inseguridad. Cada vez que tenía que volver al colegio, lloraba mientras mi madre sonreía y me decía adiós. Yo no lograba comprender el mensaje que ella quería transmitirme y eso me dejaba confusa. Tuve la misma sensación cuando vi mi primera película de Laurel y Hardy. Los dos personajes eran perseguidos por un coche colina arriba y en lo alto había un barranco escarpado; estaba claro que iban a morir. Yo lloraba mientras los demás reían. No podía entender qué le veían de gracioso.

A pesar de las lágrimas y del trauma de ser expulsada del nido, los recuerdos que tengo del internado de Nakuru son buenos. Era un gran colegio, rodeado de hectáreas de campos de deporte marrones –el color predominante en África–, y con unas largas escaleras que conducían a la entrada principal. Yo era muy miope, aunque no lo supe hasta muchos años después, y al final de un trimestre fue a recogerme mi abuela. Yo no quería que nadie se creyera que era mi madre, porque era mucho mayor y la mitad de guapa que ella, de modo que estuve atenta a ver si reconocía el coche para subirme rápidamente a él antes de que ella tuviera oportunidad de bajarse a la vista de todos. Cuando finalmente se acercó su coche, bajé corriendo las escaleras y me senté en el asiento del pasajero y, para mi gran asombro, un hombre, un completo desconocido, dijo: «Hola, niña. ¿Y tú quién eres?» Colorada, salí huyendo.

Dormíamos en grandes dormitorios, sobre armazones de hierro negro cubiertos con colchones delgados y llenos de bultos, y todas las mañanas teníamos que atar las mosquiteras que colgaban del techo. Yo tenía el pelo largo y lo llevaba recogido en trenzas, y una noche, después de lavármelo, dos chicas decidie-

ron secármelo. Cada una cogió una toalla por un extremo y me lo frotaron hasta que me quedó tan enredado que tuve que cortármelo. Las fechorías eran castigadas con un reglazo en la pantorrilla. Yo nunca fui muy rebelde y todavía no estoy segura de qué hacía mal, pero me parecía que siempre tenía las piernas escocidas y a menudo me hacían sentar delante de la clase. Era un colegio inglés para expatriados y recuerdo a varias chicas australianas, pero no creo que hubiera alumnas negras, aunque yo no notaba la diferencia. Sólo cuando llegué a Inglaterra varios años después y me pregunté dónde estaban todos los negros, me di cuenta de que había una jerarquía. Sí recuerdo una vez que salimos del colegio para dar un paseo y nos cruzamos con una fila de presidiarios africanos encadenados entre sí, cavando una zanja a un lado de la carretera. Me quedé horrorizada.

Mi único medio de contacto en el colegio era el correo y mi única alegría eran los paquetes que recibía, llenos de potes de mermelada de ciruela damascena o níspero, mantequilla de cacahuete o Marmita, que me encantaba. Un día me llegó un sobre de la abuela; cuando lo abrí, me quedé horrorizada al ver que se había olvidado de meter la carta. Cada domingo teníamos que escribir a nuestros padres, y una semana escribí a los míos con leche, diciendo: «Si queréis leer esto, tenéis que encender un fuego.» Alguien me había dicho que era escritura secreta y que si lo sostenías junto a una fuente de calor, se veían las palabras. Iba a casa a mitad de trimestre, pero no había más permisos ni fines de semana fuera, y no recuerdo que vinieran a verme ni mi madre ni mi padre.

Durante unas vacaciones de mitad de trimestre me llevaron a una nueva casa de Nairobi. Inexplicablemente, mi madre se había mudado a ella. Una vez allí

dejó caer la bomba. Me presentó a un desconocido alto y moreno, y dijo: «Cariño, éste es tu nuevo padre.»

Me quedé atónita. ¿Qué había estado pasando en mi ausencia? ¿Qué había sido de nuestra casa? ¿Dónde estaba papá? Nunca me perdonaré por no haberle hecho la última pregunta. Me limité a saludar dócilmente a ese hombre y estrecharle la mano. Cuando me di cuenta estaba de vuelta en el colegio.

Al parecer, mi padre había estado pasando una sospechosa cantidad de tiempo con una mujer que estaba tan loca por los caballos como él. Iba a casa a desayunar, según mi madre, y luego Jock y ella salían a pasear a caballo. Creo que mi madre se aferró a ello como prueba de que estaba teniendo un *affaire*, y una noche que yo estaba en el internado despertó a mis hermanos, los hizo subir al coche y lo abandonaron. Ella debía de haber hecho alguna clase de curso de secretariado con anterioridad, porque encontró un empleo como administrativa con derecho a una especie de vivienda. Había pedido el divorcio a Jock. Él parecía haber perdido la capacidad o las ganas de disuadirla, y su matrimonio, junto con nuestra unidad familiar, se había disuelto. Pero nosotros los niños no sabíamos nada de todo eso. Ni mi madre ni mi padre nos habían dicho una palabra. Todo lo que sé sobre su divorcio es que la acompañante de los paseos a caballo no se mencionó; mi padre dio el nombre de otra mujer.

Mi madre había conocido a Bobbie Gaymer-Jones, el hombre que se convirtió en nuestro «nuevo padre», en una cena. No había suficientes cubiertos, de modo que ella se ofreció a ir a casa a por más y él la acompañó. Ella tenía treinta y un años, y seguía siendo muy guapa pero muy pobre; vivía en lo que Bobbie describió como una cabaña, con Porkie, como él llamaba a Paula, y una colección de gatos y perros. Pau-

la era la única que se había quedado con mi madre; al dejar a Jock, ella había llevado a Colin y a Jenny a una especie de guardería internado. Ellos no se acuerdan de nada, sólo que había montones de juguetes Dinky. No sé por qué mi madre no se fue a vivir con sus padres teniendo los hijos tan pequeños. Debió de sentirse muy desgraciada sola en Nairobi y no creo que tuviera muchos amigos; en ese momento el divorcio era un tabú en su círculo social y los divorciados a menudo se sentían marginados. Las atenciones de Bobbie debieron de parecerle irresistibles.

Bobbie tenía veintiocho años y era muy apuesto. Había sido capitán del regimiento de los Life Guards durante la guerra y ayuda de campo del general Gayle, comandante de Operaciones Generales en Oriente Medio y el Mediterráneo. Después de la guerra se había puesto a trabajar para la compañía Dunlop Rubber, que lo mandó dos años a Tanganica (actualmente Tanzania) para ampliar el mercado del caucho en esa parte de África. En aquella época no había carreteras ni turistas en Tanganica; sólo había un tramo de asfalto en Kenia, y en Dar Es Salaam sólo vivían un puñado de europeos. También había escasez de mujeres solteras. Estaba realmente tan necesitado de compañía como ella, y él y mi madre se casaron prácticamente enseguida.

Bobbie no habló a sus padres de Diana hasta que estuvieron casados y fue demasiado tarde para discutir. Sabía que desaprobarían la boda; una divorciada tres años mayor que él y con cuatro hijos a la zaga no era lo que habían querido para su hijo, y, como era de esperar, se llevaron un gran disgusto. Yo no asistí a la boda; debí de quedarme en el internado. Se celebró en una oficina del Registro Civil de Dar Es Salaam en febrero de 1953. Colin y Jenny todavía se acuerdan.

Los tres pasamos las siguientes vacaciones en la casa de nuestro padre. No sé por qué nos quedamos con él en lugar de con nuestra madre. Me imagino que Bobbie y ella ya tenían a Paula y no querían más niños alrededor. Eran la perfecta familia nuclear; tal vez hasta conseguían hacer pasar a Paula como hija de Bobbie. Nosotros no nos parecíamos nada a él. Pero cuando yo era pequeña nunca se nos explicaba nada; todo era un misterio. Todavía no sabemos qué ocurrió realmente. Y yo no podía preguntárselo a mi padre; era una figura detrás de un periódico. Torpe, serio, distante y callado, no había forma de abordarlo. Las horas de las comidas eran lo peor. No estaba permitido hablar, pero descubrí que si me retorcí las orejas podía hacer que Colin y Jenny estallaran en una risa contenida y, sin decir una palabra, lográbamos refugiarnos en un pequeño mundo propio. No conocíamos a nuestro padre. Años después, cuando mi madre se enfadaba conmigo, me decía: «¡Eres como tu padre!» Yo no sabía lo que quería decir, pero no era un cumplido.

Mientras estuvimos con mi padre nos cuidó una niñera llamada Salome. Debía de pagarla mi abuela, que también pagaba las matrículas de mi colegio y probablemente muchas cosas más. Salome era de Ankole, al norte de Uganda, y recuerdo que para celebrar la coronación de la Reina en 1953 hizo un pastel decorado con una capa de color morado, y que nos sentamos a comerlo en el horrible silencio de siempre. Luego me encontré fatal y resultó que tenía papearas. Me llevaron al hospital y el único consuelo que tuve fueron las visitas de mi madre.

De noche Salome nos enrollaba el pelo a Jenny y a mí con largos trapos blancos, y por la mañana nos los quitaba, dejándonos con tirabuzones. Salome era di-

vertida pero también podía dar miedo. Me contaba cuentos horribles a la hora de irnos a dormir y decía que si era mala vendrían los mau-mau a buscarme. Yo tenía terribles pesadillas.

Mamá sólo fue a verme una vez mientras estuvimos con papá. Colin, Jenny y yo estábamos en la bañera, salpicando y jugando con Salome, cuando mi madre irrumpió en el cuarto de baño y anunció que iba a bañarnos ella. Salome le pidió que saliera; ella insistió en que quería bañarnos y hubo una gran bronca. Al final mamá echó a Salome y se arremangó. Nosotros observamos desconcertados. No teníamos ni idea de qué estaba pasando y fue un alivio que nos sacaran de la bañera y nos metieran en la cama. Y eso fue todo: mamá desapareció tan misteriosamente como había llegado.

Poco después desapareció para siempre. Al menos, ésa es la impresión que yo tuve. Bobbie, ella y Paula se fueron a Inglaterra dejándonos a Colin, Jenny y a mí atrás. Lo viví como si se hubiera acabado el mundo; aun ahora no entiendo por qué lo hizo. ¿Tan caro era llevarnos con ella en el barco? ¿O Bobbie no quiso que fuéramos todos? ¿Qué hombre de veintiocho años en su sano juicio querría rodearse de tres niños molestos de nueve, siete y seis años que se peleaban por la atención de su esposa? Sólo llevaban tres meses casados cuando se marcharon. Yo estaba desolada. Deseé ser un pájaro para volar detrás de ella hasta Inglaterra. Empecé a ser sonámbula y a despertarme noche tras noche junto a la puerta principal cerrada con llave, tratando de escapar.

No sé cuánto tiempo estuvimos los tres en Kenia después de que mi madre se marchara. Podrían haber sido seis meses o un año. Tampoco recuerdo que me despidiera de mi padre, ni que temiera no volver a

verlo cuando me subí yo sola al avión en el aeropuerto de Nairobi. Todo lo que sé es que, por los motivos que fueran, Colin, Jenny y yo, pese a nuestra corta edad, viajamos por separado.

Y de pronto, en diciembre de 1953, yo estaba en Inglaterra, en un mundo de luz artificial sacado de un cuento de hadas. La noche en Kenia era negra como boca de lobo, la única luz era la de la luna y las estrellas. Nunca había visto farolas, y ahí estaba yo, en Londres en plenas Navidades, con las luces de colores de los edificios, las señales luminosas de los cruces de peatones, los letreros de neón y toda la ciudad bañada en un fabuloso resplandor fosforescente. Apenas podía contener la emoción.

